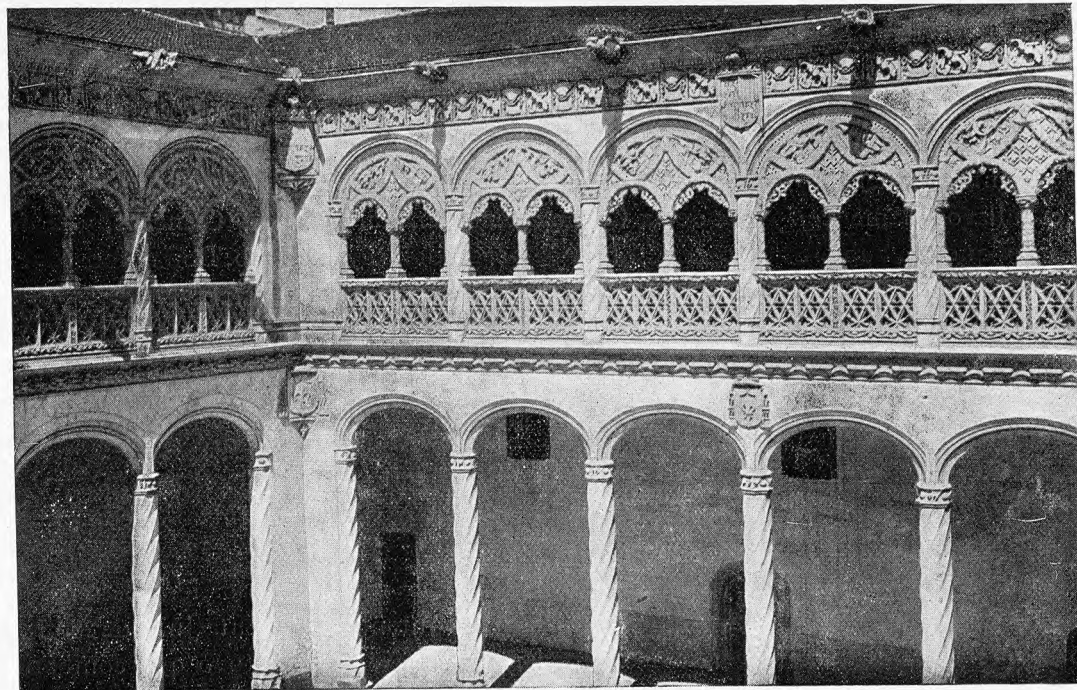


licos de su famoso descubrimiento, quienes le confirmaron en el cargo de almirante y virrey de las Indias. Víctima de la envidia y de la ingratitud, fué más adelante despo-

Reina en su testamento designaba a su marido Don Fernando como regente del reino mientras su referida hija Doña Juana no se encontrase en condiciones de gobernar o bien no llegase a los veinte años el príncipe Don Carlos, habido del matrimonio con Don Felipe el Hermoso.

Momentánea separación de los reinos de Aragón y Castilla. Doña Juana la Loca y Don Felipe el Hermoso en Castilla. Don Fernando en Aragón. — A pesar de la disposición testamentaria de Doña Isabel y de la confirmación hecha por las Cortes de Toro a favor de Don Fernando, pretendió Don Felipe gobernar como regente los territorios castellanos, a cuyo efecto se alió con Luis XII de Francia, concertando el matrimonio de la infanta Doña Claudia con el hijo de aquél el príncipe Don Carlos, que gobernaría el reino de Nápoles. Por su parte, Don Fernando, hizo

fracasar algunos de los propósitos manifestados por su yerno, firmando un segundo convenio con el mismo Luis XII, en virtud de cual tomaba por esposa a la sobrina



Patio del Colegio de San Gregorio, en Valladolid

seído de aquella investidura, muriendo poco menos que en la miseria en Valladolid el año 1506, después de haber verificado otros tres viajes a las tierras nuevamente descubiertas.

Las expediciones iniciadas por Colón fueron continuadas por otros intrépidos marinos, entre los cuales descuellan Vicente Yáñez Pinzón, Ponce de León, Núñez de Balboa, Díaz de Solís, etc., figurando ya en 1501 una expedición portuguesa, en la que iba Américo Vespucio, cuyo nombre prevaleció para designar el gran continente del Nuevo Mundo.

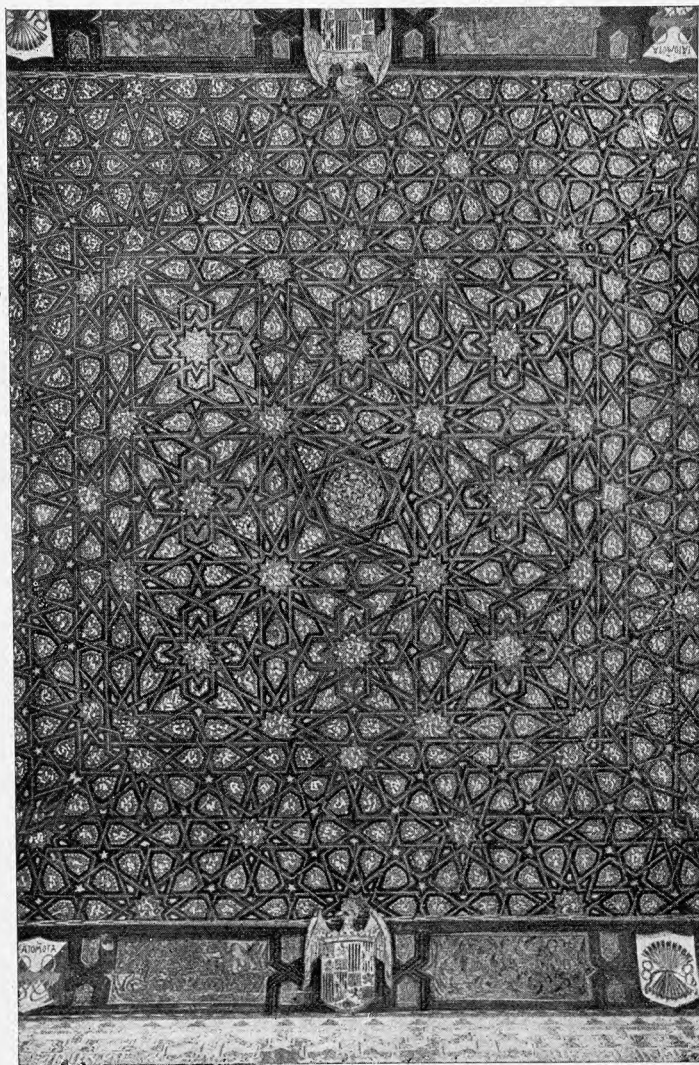
Para asegurar la efectividad de la conquista del reino de Granada y prevenir cualquier golpe que nuevamente pudieran intentar los árabes, era preciso tomar posiciones en la costa del N. de África, como así se verificó durante el reinado que nos ocupa, acabando, además, la conquista de las islas Canarias, que ya pertenecían a la Corona.

Por medio de enlaces matrimoniales de su familia, procuraron los Reyes Católicos el engrandecimiento de sus Estados, adoptando una política francamente antifrancesa.

Carlos VIII, rey de Francia, quiso renovar las antiguas ambiciones de dominio de la casa de Anjou en el reino de Nápoles, pero estaba demasiado ligado este territorio con la tradición aragonesa, para que Don Fernando dejase de intervenir en asunto de tanto interés. Así es que estalló la guerra en Italia con el nombrado Monarca, y después de concertada la paz, se reprodujo con su sucesor Luis XII, en cuyas campañas tanto se distinguió Gonzalo de Córdoba, conocido por el Gran Capitán, quedando definitivamente el reino de Nápoles para la Corona de Aragón.

Al morir Doña Isabel la Católica en 1504, dejaba como únicos descendientes a Doña Juana y a Doña Catalina, nombrando heredera del reino de Castilla a la primeramente nombrada, que estaba casada con Don Felipe el Hermoso, de la casa de Borgoña y presunto heredero de la corona imperial.

En vista del estado mental de Doña Juana, en parte motivado por los devaneos de su esposo, la mencionada



Techo del Salón de los Reyes Católicos, en el Alcázar de Sevilla

del Rey francés Doña Germana de Foix, a la que Luis XII transmitía todos los derechos que pudiesen corresponderle en el reino de Nápoles, mediante que pasase a la descen-

dencia de este nuevo enlace la corona aragonesa. Dicha concordia no fué del agrado de Don Felipe, quien se vió precisado a entrar en negociaciones con su suegro, cuyo resultado fué que Don Felipe quedase en calidad de regente, dejando para Don Fernando la mitad de las rentas del reino de Granada y los Maestrazgos de las órdenes militares, retirándose luego a sus estados aragoneses.

No fué muy satisfactorio para los castellanos el gobierno de Don Felipe, debido principalmente a haber dispensado demasiada protección a los caballeros flamencos que ingresaron en su corte, descontento que se hubiera exteriorizado seguramente a no sobrevenir la muerte del esposo de la desdichada Doña Juana, acaecida en 1506.

Regencia de Don Fernando. — Al fallecer Don Felipe el Hermoso, encontrábase Don Fernando el Católico en Italia, a donde había pasado para cerciorarse de la conducta del Gran Capitán en la campaña de Nápoles, ya que los envidiosos de las glorias que había alcanzado el famoso caudillo, habían formulado contra él tremendas acusaciones.

Entre tanto surgieron en Castilla dos partidos para la dirección del gobierno de aquella nación; unos habían puesto sus esperanzas en el emperador Maximiliano, mientras otros entendían que únicamente Don Fernando el Católico podía devolver la paz moral; a cuyo efecto el gran político Giménez de Cisneros, después de constituir una junta de regencia provisional, hizo saber al Monarca la necesidad de que se encargase del gobierno.

Vuelto el Rey a la Península, en Julio de 1507, y en posesión de la regencia, iniciase la campaña del N. de África, cuya conquista era el sueño dorado del cardenal Cisneros. Sucesivamente cayeron en poder de los españoles, en 1509 y 1510, el Peñón de la Gomera, Orán, Bugía, Argel, Túnez y poco después Trípoli. Si bien tuvieron que lamentar más adelante un fuerte descalabro, pudo contenerse la piratería, que constituía una amenaza continua para el litoral mediterráneo de la Península, y quedó afianzada la influencia española en las regiones septentrionales del continente africano.

En 1508 había entrado Don Fernando en la alianza de Cambray con el papa Julio II, Luis XII de Francia y el emperador Maximiliano contra Venecia, que tenía en su poder algunos puertos del reino de Nápoles. Reconquistados éstos, al comprender las ventajas que sacaba Francia de aquella coalición, formose, en 1511, la *Santísima Liga* contra Luis XII, entrando en ella Enrique VIII y Venecia, además del Papa y de Don Fernando, consiguiendo despostrar a los franceses de las plazas italianas. Con estas victorias quedaba, pues, asegurada la influencia española en los dominios de Italia.

La idea, ya de tiempo acariciada, de anexionar el reino de Navarra, tuvo por fin efecto en los últimos años del gobierno de Don Fernando. Apoyado en fútiles motivos, el Monarca aragonés dirigió sus armas contra el soberano Don Juan de Albret o Labrit, quien perdió su Estado, a pesar del auxilio de Luis XII. Aparte de la Navarra francesa, fué anexionado dicho reino, contando con la sanción de la Santa Sede y la aprobación de las Cortes de Burgos de 1515.

Concertada una tregua con Luis XII y, consecuente Don Fernando con su política antifrancesa, promovió una coalición contra el sucesor de aquél, Francisco I; falleciendo en Febrero de 1516, después de haber redondeado

el territorio de la monarquía española, que vino a constituir una potencia de primer orden dentro de los Estados europeos, extendiendo sus dominios por Italia, plazas del Norte de África y Continente Americano, recientemente descubierto.

Regencia del cardenal Cisneros. — Como que el estado mental de Doña Juana no le permitía ejercer la soberanía, que le correspondía mientras el hijo de aquélla, Don Carlos I, no se hiciese cargo del gobierno, se confió la regencia de la Corona castellana al cardenal Cisneros, y la de Aragón al hijo bastardo del Rey Católico, Don Alfonso, arzobispo de Zaragoza. No obstante, el nuevo Monarca, que se hallaba en los Países Bajos, donde había nacido y fué educado, envió a su preceptor, el deán Adriano de Lovaina, para que le representara, y pretendió que se le proclamase rey de Castilla aun viviendo su madre, a lo cual tuvo que acceder de grado o por fuerza el Regente, a pesar de la oposición de las Cortes, para evitar probables complicaciones políticas.

En el corto período que rigió Cisneros los destinos de Castilla, hizo fracasar los intentos que tenía Juan de Albret de reconstituir el reino de Navarra, y tuvo que combatir además con los musulmanes africanos, cesando en su cargo al desembarcar Don Carlos en territorio español en 1517.

* * *

Reflexionando sobre la importancia de los hechos acaecidos durante el gobierno de los Reyes Católicos, que acabamos de exponer someramente, se comprenderá con cuanta razón debe considerarse dicho reinado como el punto de enlace entre la Edad Media y la Moderna.

Caracteriza a la primera la diversidad en todos los órdenes, el fraccionamiento de la soberanía, no solamente considerando los múltiples Estados que aparecen esparcidos por la Península, sino también dentro de una misma nacionalidad; debido a la preponderancia que había adquirido la nobleza e instituciones religiosas con sus privilegiados derechos señoriales.

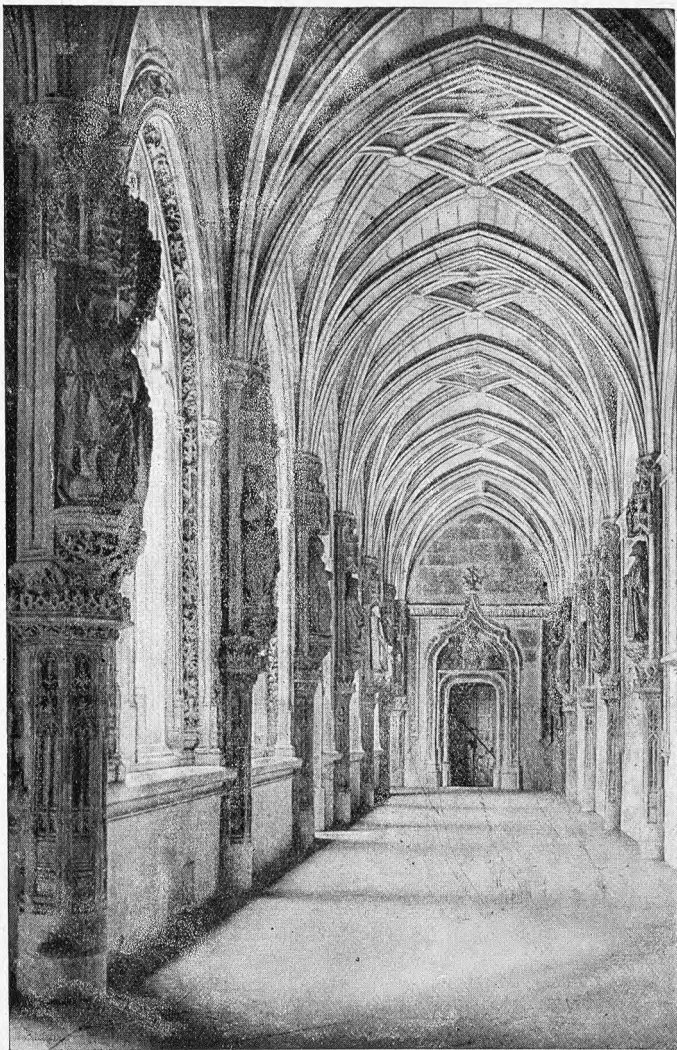
Hemos visto como unos y otros van reduciéndose poco a poco a medida que la Reconquista adelanta, hasta llegar al presente reinado.

Ya hemos observado, al principio de este capítulo, que el matrimonio de Don Fernando y Doña Isabel no significaba unidad política; pero, con la conquista del reino de Granada, primero, y con la anexión de Navarra, más tarde, los descendientes de aquellos Reyes verían reunidos en un mismo cetro los diferentes territorios peninsulares que debían constituir la monarquía española.

A esto hay que añadir las conquistas efectuadas en el N. de África, que ponían la Península a cubierto de cualquier golpe de mano que intentasen en adelante los musulmanes; las gloriosas campañas del Gran Capitán en Italia, asegurando la soberanía en el reino de Nápoles; las conquistas llevadas a cabo en las islas Canarias y el descubrimiento del Nuevo Mundo, que tanto debía influir política y económicamente.

La gran expansión territorial experimentada y los enlaces matrimoniales que procuraron los Reyes Católicos para sus descendientes, que aportaron nuevos dominios, fueron la base de la gran preponderancia que, en el orden internacional, adquirió, poco tiempo después, la monarquía española.

Por otra parte, el poder de la nobleza quedó muy quebrantado en beneficio de la institución real, cada día más absorbente; los fueros y las libertades municipales, aunque



Claustro de San Juan de los Reyes, en Toledo

no se derogasen, tampoco se prodigaron como en los reinados anteriores; y el predominio de las ideas cesaristas que informaba a las escuelas, nutridas por el derecho romano, dieron como resultado la incubación del absolutismo, que no tardó en desarrollarse, como apareció también en otros Estados europeos.

Para conseguir la unidad religiosa, que fué otro de los ideales más arraigados de aquella época, se tomaron varias medidas, como la expulsión de los judíos y la conversión forzosa de los mudéjares en algunas regiones y, finalmente, estableciendo la Inquisición, como hemos consignado anteriormente.

Esta institución funcionó con extremado rigorismo en sus comienzos, por más que, de la sentencia recaída, podía apelarse ante el Papa. La aplicación del tormento, para obtener la confesión del delito, no era exclusiva del tribunal de la Inquisición, sino que se hallaba en uso en todos los tribunales de carácter civil de los tiempos a que venimos refiriéndonos.

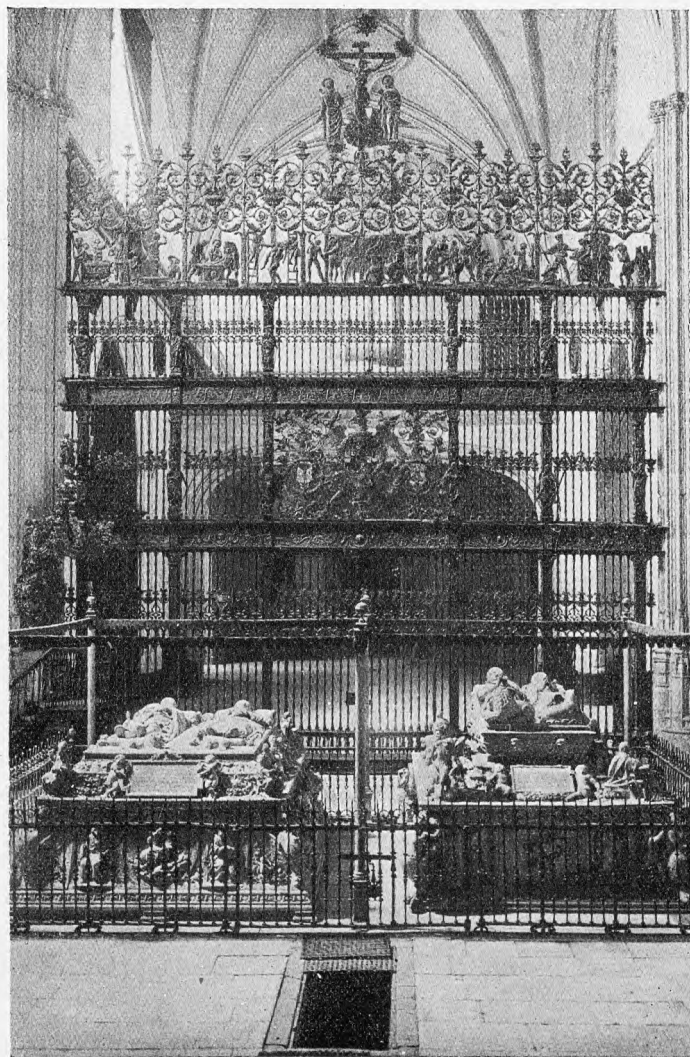
Fueron muy importantes las reformas que se introdujeron en todos los órdenes de la vida social, política y religiosa. Se reorganizaron los servicios públicos y principalmente las oficinas de gobierno, de acuerdo con las nuevas necesidades. Estas reformas alcanzaron a todos los ramos de la Administración. Por lo que se refiere a la justicia, crearon en Castilla el Consejo Real, Audiencias o Chancillerías, alcaldes mayores, corregidores, etc.; corrigieron

abusos, establecieron la Santa Hermandad, y no fueron pocas las reformas introducidas en los servicios de hacienda y en el ejército, cuyo contingente fué dividido en *capitanías*, que comprendían 500 hombres, y *coronelías*, formadas por doce capitanías o compañías.

Las clases inferiores de la sociedad merecieron especial atención de los Reyes Católicos, y si bien, en Aragón, no pudo Don Fernando mejorar la antigua servidumbre real por la gran fuerza que todavía representaba la nobleza, en otras regiones, como en Cataluña, obtuvo mejor resultado apoyando a los remensas, cuyo levantamiento hemos visto en el reinado de Don Juan II.

Por la sentencia arbitral de Guadalupe, fueron abolidos los malos usos, y los payeses pudieron abandonar las tierras con entera libertad, llevándose consigo los muebles; podían redimirse por determinada cantidad, perdiendo la jurisdicción criminal que ejercían los señores. Con el cardenal Cisneros, trataron también de modificar la situación del clero, corrigiendo abusos y encauzando las costumbres.

Aunque al principio se reconoció a favor de Cristóbal Colón el señorío o gobierno de los territorios descubiertos, la intervención real fué al poco tiempo más directa, enviando funcionarios de todas clases al nuevo Continente. Pero se multiplicaron de tal manera los asuntos y fué tanto el interés que despertaron los viajes hacia América, que más adelante hubo necesidad de establecer en Sevilla la Casa



Sepulcro de los Reyes Católicos, en Granada

de Contratación para todo lo referente a aquellas colonias incorporadas a España y se creó el denominado Consejo Supremo de Indias.

Respecto del trato que los colonos daban a los indígenas de las tierras nuevamente descubiertas, se registran muchos abusos, que no pudieron corregirse a pesar de la buena disposición del poder público. Pudieron más las intrigas y los explotadores, que la caridad desplegada por el religioso dominico P. de las Casas, nombrado *Protector* de los indios.

Los Reyes Católicos se mostraron protectores entusiastas de la industria y del comercio, favoreciendo ferias y mercados y las expediciones que se organizaban hacia América, produciendo inusitado movimiento en los puertos de Sevilla y Cádiz, en perjuicio de la navegación mediterránea, cuyo decrecimiento notamos particularmente en Barcelona.

Un fenómeno digno de notarse lo constituye el desarrollo que adquirió la cultura nacional, dejándose sentir más en la Corona de Castilla que en la de Aragón, sobre todo en la literatura y bellas artes.

La literatura catalana va perdiendo terreno, dejando de producir aquellas obras admirables de que dábamos cuenta al terminar el estudio de la Edad Media, al paso que la castellana se sobrepone bajo la influencia clásica italiana. Hace su aparición la novela *picaresca* y la dramática propiamente dicha, llevando a escena tipos y costumbres populares, además de los asuntos religiosos que ya se representaban anteriormente en las iglesias.

En el orden científico vemos renacer la cultura griega y latina, la filosofía, la medicina y las ciencias jurídicas y cosmoográficas. Todas las especialidades contaron con numerosos y devotos cultivadores, que perfeccionaban sus estudios en las universidades de Italia y Francia. El establecimiento de colegios, estudios y cátedras fué general en el período a que nos concretamos, mereciendo especial atención, además de los establecimientos docentes que ya existían en los dominios de los Reyes Católicos, la Universidad de Alcalá de Henares, debida al cardenal Cisneros, quien emprendió también la publicación de la Biblia políglota llamada *complutense*, que comprende los textos hebreo, griego, caldeo y latín.

En las bellas artes observamos la aparición de un nuevo estilo arquitectónico, producido por la mezcla del ojival ya conocido y del Renacimiento que se iniciaba, con tal profusión de detalles primorosamente cincelados, que en ocasiones se le conoce con el nombre de *plateresco*, por imitar las delicadas producciones de la orfebrería, en que tanto se distinguieron los discípulos de Arfe.

De todas maneras continuaba también usándose la antigua forma gótica un tanto modernizada, como en los claustros de San Juan de los Reyes, de Toledo; y el estilo mudéjar dejaba sentir su antigua influencia, que continuó durante el siglo XVI en muchas de las construcciones andaluzas.

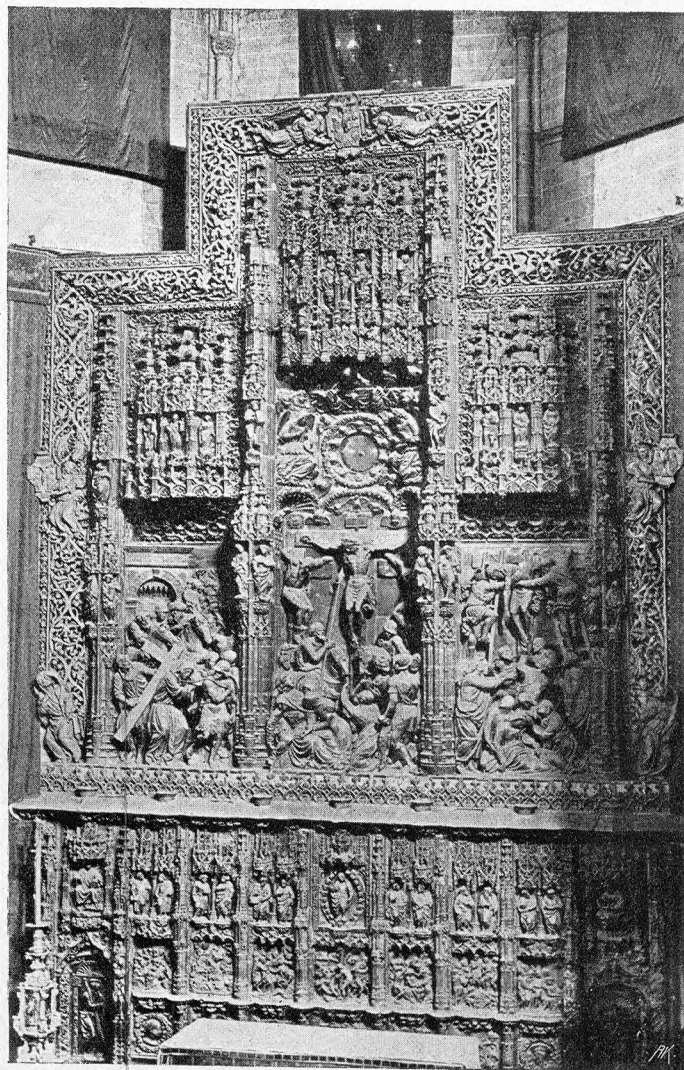
EDAD MODERNA

Comprende la Edad Moderna desde la muerte de Don Fernando hasta la guerra de la Independencia y entronizamiento de las ideas constitucionales al comenzar el siglo XIX, en que se inicia la Edad Contemporánea.

Dicha época podemos considerarla dividida en dos períodos, a saber: dinastía austriaca y dinastía borbónica, abarcando la primera hasta el año 1700 y la segunda desde esta última fecha hasta el año 1808.

Dinastía austriaca.—Carlos I (1517-1556). Hijo de Don Felipe el Hermoso y de Doña Juana la Loca, heredó por parte de su madre los dominios de los Reyes Católicos, que, además de las tierras españolas propiamente dichas, con el Rosellón (al NE. de Cataluña), comprendían el reino de Nápoles, islas de Cerdeña y Sicilia y las colonias ultramarinas que poco a poco iban conquistándose.

A estos extensos territorios se unieron los que heredó Don Carlos, por la rama paterna, de la Casa de Borgoña, entre los que figuraban Flandes y Artois (Norte de Francia), Luxemburgo, Franco Condado (Oeste de Francia), El Charolais y los Países Bajos (Norte de Flandes), que en



Interesante retablo gótico del altar mayor de la Catedral de Huesca, debido a Damián Forment

diferentes fechas entraron a formar parte del círculo de Borgoña.

Se le designaba con el nombre de Carlos de Austria, por ser su padre Archiduque de este nombre; de Luxemburgo, por ser éste uno de los Estados pertenecientes a su padre; y era también conocido por Carlos de Gante, por haber nacido en esta ciudad y haber sido educado en los Países Bajos.

Muerto su abuelo Maximiliano de Habsburgo, fué elegido Don Carlos emperador de Alemania con el número V de este nombre.

Constituida la regencia de Cisneros al fallecer Don Fernando el Católico, antes de terminar el año siguiente de 1517 hizo Don Carlos su entrada en tierras de España y, en 1519, presidió el Capítulo de la Orden del Toisón de Oro celebrado en el coro de la catedral de Barcelona, en donde aparecen pintados, como recuerdo, los escudos de los

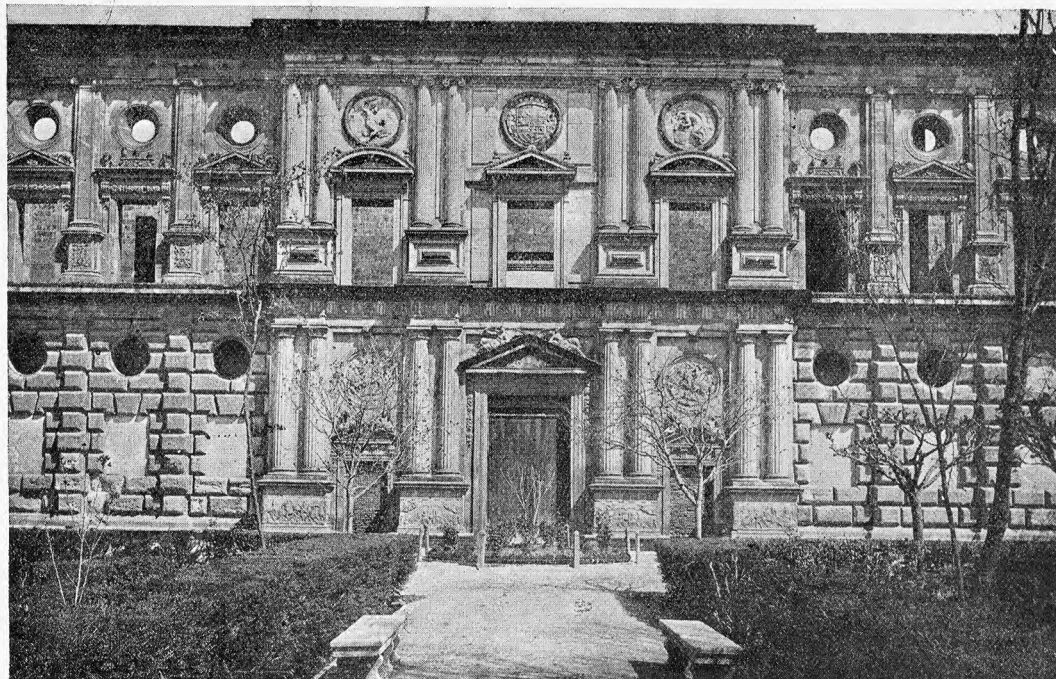
caballeros asistentes. Vino Don Carlos acompañado de numerosos servidores flamencos, entre los cuales repartió importantes cargos, contra las costumbres de nuestra na-

ducían en Valencia y Mallorca, convulsiones que con el nombre de *Germanias* tenían más carácter social que político. No obstante, sábase que se pactó una especie de soli-

daridad entre los *agermanats* (hermanados) de Valencia y los comuneros de Murcia en Mayo de 1520.

Aparte las cuestiones interiores que acabamos de exponer, el reinado de Carlos I adquiere un relieve muy pronunciado por los trascendentales hechos que se le presentaron en el orden internacional. Entre ellos descuella la reforma religiosa, iniciada en Alemania, que le obligó, a pesar de su propósito decidido de oponerse a la nueva herejía, a mantener buenas relaciones con los príncipes que la apoyaban, pues así lo requerían las situaciones políticas por que atravesaron sus Estados

Otras de las cuestiones internacionales que llenan el presente reinado fueron las guerras con Francia, que ocasionaron las cam-



Palacio de Carlos I de España y V de Alemania, en la Alhambra de Granada

paña, lo cual motivó que se entablasen reclamaciones en las Cortes de Valladolid del año 1518, por ocupar oficios públicos los extranjeros.

El descontento era general al ver la postergación de que eran objeto los naturales, y aumentó más todavía con la petición de subsidios a las Cortes reunidas en Santiago de Galicia, en 1520, y terminadas en La Coruña. Resueltas las dificultades económicas, marchó a Alemania para coronarse Emperador, dejando, durante su ausencia, como regente de España, al cardenal Adriano.

La impopularidad de los primeros actos del nuevo Soberano, desconocedor de las costumbres del país que regía y las tendencias cesaristas que revelaba, produjeron sus naturales efectos en 1520, haciendo estallar la guerra llamada de las Comunidades en el antiguo reino de Castilla. Figuraban al frente de éstas los caudillos Padilla, Bravo y Maldonado, quienes, después de haber obtenido algunas ventajas sobre los realistas, cayeron prisioneros en la batalla de Villalar (1521), pagando después con la vida su amor a las libertades castellanas.

Después de la indicada derrota, poco a poco, depusieron su actitud la mayoría de las ciudades comprometidas en el movimiento, pero continuó resistiéndose Toledo, gracias a las excitaciones de Doña María Pacheco, viuda de Padilla. Firmada la capitulación en 25 de Octubre, todavía se registra en dicha ciudad una nueva tentativa de resistencia en Febrero de 1522, considerándose, no obstante, completamente fracasado aquel patriótico levantamiento, al regresar Don Carlos en 16 de Julio de aquel mismo año.

Mientras se desarrollaban dichos sucesos en tierras de Castilla y León, otras luchas no menos sangrientas se pro-

ducían en Italia y la guerra con el Papa.

La rivalidad existente entre Don Carlos y Don Francisco I de Francia, acrecentada con motivo de la elección imperial a favor del primero, produjo, al cabo de poco tiempo, el rompimiento entre los dos Soberanos, iniciando el francés una invasión por la parte de Navarra, para apoyar las pretensiones de Enrique de Labrit a dicho reino.

Los franceses llegaron a apoderarse de Pamplona en el año 1521, que tuvieron que abandonar más tarde, extendiéndose inmediatamente la campaña por el Norte de Italia, donde también dominaba Francisco I.

La primera parte de esta campaña fué muy favorable a Carlos I, que tenía a su lado el rey de Inglaterra, el Papa



Carlos I embarcando en la playa, entre Barcelona y Badalona, en 1535, para ir a la conquista de Túnez

y el Duque de Borbón, que había abandonado a su soberano Francisco I.

En 1524 se agravó la situación, ya que un poderoso ejército francés recobró Milán y llegó a poner sitio a Pavía,

mientras nuestro Emperador se veía abandonado por el Papa y Venecia, y le inspiraban poca confianza la actitud de Inglaterra y las cuestiones interiores de Alemania.

Un cambio radical se operó en la guerra con la sonada victoria de Pavia (24 de Febrero de 1525), obtenida por el Duque de Borbón y el Marqués de Pésicara. Francisco I quedó prisionero en dicha batalla, y trasladado a Madrid, firmó una concordia en 13 de Enero de 1526, en cuya virtud renunciaba sus derechos sobre Italia y Países Bajos y cedía la Borgoña, además de restituir al Duque de Borbón los honores de que había sido despojado.

En aquel mismo año contrajo matrimonio Don Carlos con Doña Isabel de Portugal.

Los recelos que habían despertado los recientes triunfos, motivaron que las otras potencias formasen una Liga, para contrarrestar el poderío militar del Emperador.

En esta concentración, llamada *Liga Santa* o *Clementina*, entraron, además del papa Clemente VII que le dió nombre, Venecia, Florencia, Milán y Francia, que contaban también con el apoyo de Inglaterra.

El resultado fué contrario a las naciones coaligadas, que tuvieron que presenciar el asalto y saqueo de Roma por las tropas del Duque de Borbón, mientras

Hugo de Moncada tenía sitiado al Papa en el castillo de Sant-Angelo. Los excesos cometidos por la soldadesca en la capital del Mundo Católico dieron motivo a Francisco I para organizar un nuevo ejército, que obtuvo positivos éxitos a su paso por Italia, pero se estrelló ante la resistencia de Nápoles. Vista la ineficacia de los aliados ante el empuje del ejército de Carlos I, en 1529 convinieron el tratado de Cambray, que aseguró la paz entre los dos Monarcas rivales hasta el año 1536. Entre tanto, pasó Don Carlos a Alemania, donde requerían su presencia las intrincadas cuestiones que originó la reforma religiosa allí iniciada.

En 1534 se expulsaron los moriscos de Aragón, Valencia y Cataluña.

En 1535 el Emperador en persona dirigió la campaña del Norte de África, organizando en el puerto de Barcelona la expedición que se apoderó de Túnez, destronando al intruso Barbarroja.

La campaña que había de desarrollar Don Carlos en las costas africanas tuvo que aplazarse por algún tiempo, puesto que, con el fallecimiento del Duque de Milán, Francisco I de Francia invadió la Saboya y reprodujo sus antiguas pretensiones sobre aquel Estado, terminando de momento con la tregua de Niza firmada en 1538.

En 1540 San Ignacio de Loyola fundó la Compañía de Jesús.

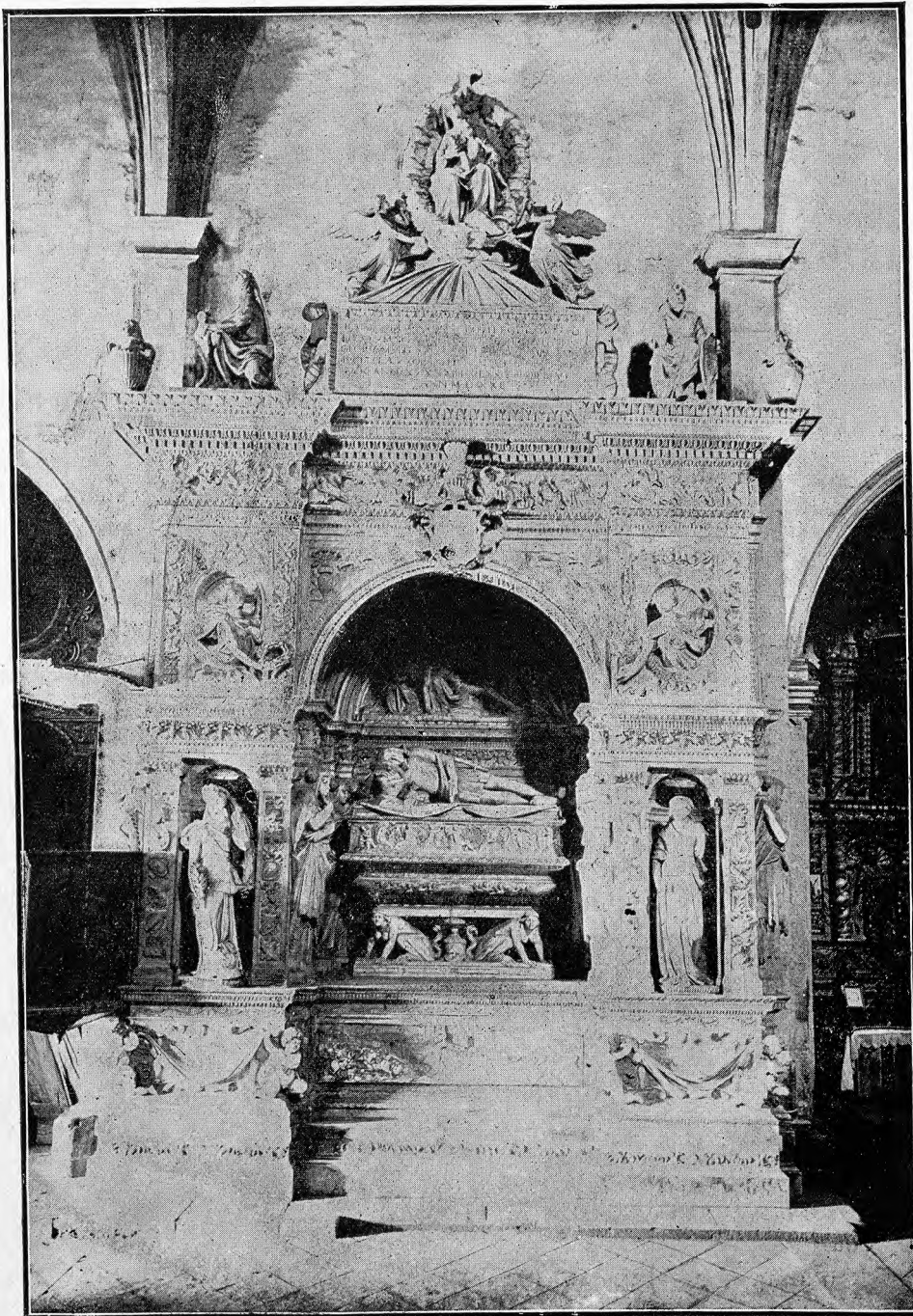
En 1541 tuvo lugar la conquista de Argel y el año siguiente se reproduce la tradicional guerra con Francia. A pesar de la victoria de Cerisoles, obtenida por las tropas de Francisco I en 1544, la impetuosidad de la campaña emprendida por Carlos I obligó al Monarca francés a pedir la paz, que se firmó en Crespy aquel mismo año.

Los asuntos de la Reforma tenían constantemente preocupado al emperador Carlos I. Fracasado todo intento de concordia, después de la dieta de Augsburgo celebrada en 1530,

concertose luego la Liga de Esmalkalda contra el Emperador, continuando, por espacio de largo tiempo, las negociaciones para ver de llegar a un acuerdo. En 1545 Carlos I apeló a las armas, siéndole propicia la suerte, ya que los reformistas quedaron vencidos en la batalla de Mühlberg, librada el año 1547.

Lograda la sumisión de los príncipes alemanes, en el año 1548, por medio del documento conocido por *Interim*, el Emperador hizo algunas concesiones a los partidarios de la Reforma; pero no se conformaron con ellas, pues en muchas cosas debían quedar sujetos a la Iglesia de Roma.

Mandados los reformistas por el príncipe Mauricio de



Bellpuig (Lérida).—Mausoleo de Don Ramón III Folch de Cardona, fallecido en Nápoles en 1522. Notable obra tallada en mármol e inspirada en el gusto del Renacimiento italiano

Sajonia, apoyado por el rey de Francia, consiguieron que Carlos I firmase el convenio de Pasau en 1552, reconociendo, en virtud de la paz de Augsburgo, igualdad de derechos entre los protestantes y los católicos.

En 1555 casó el príncipe Don Felipe con Doña María Tudor, de Inglaterra, y aquel mismo año murió la reina madre del Emperador, Doña Juana la Loca.

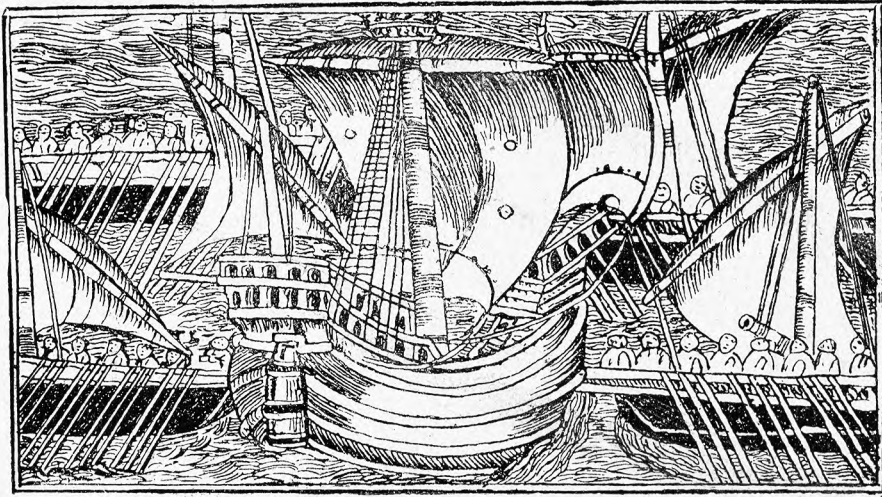
Fatigado el espíritu de Carlos I y debilitado su cuerpo, apartose del gobierno y abdicó la corona a favor de su

año 1519; se dirigió a las costas del Brasil y desembocadura del Plata, ya conocidas; descubrió la Patagonia, pasando (28 de Noviembre de 1520) por el estrecho abierto al Sur de este territorio, al cual se dió el nombre del insigne marino; atravesó el Pacífico hasta encontrar los archipiélagos de las Marianas y Filipinas, y en una de las islas próximas a Cebú fué muerto por los indígenas junto con muchos de sus compañeros. Continuó la expedición mandada por López de Cavalho, pero habiendo quedado solamente uno de los cinco buques, a fines de 1521 prosiguió su viaje hacia Occidente, bajo la dirección de Elcano, por el mar de la India y Cabo de Buena Esperanza, hallándose de regreso en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz) el día 6 de Septiembre de 1522, después de haber sido el primero que dió la vuelta al mundo.

El viaje de Magallanes hizo revivir las expediciones que ya anteriormente se habían emprendido hacia el S. de América, y especialmente al Brasil y Río del Plata, a donde se dirigió, en el año 1534, Pedro de Mendoza con catorce buques, fundando la ciudad de Buenos Aires.

Felipe II (1556-1598). Nació en Valladolid en el año 1527 y, en 1543, contrajo matrimonio con su prima la princesa María de Portugal, que murió al dar a luz al primer hijo Carlos.

En ausencia del emperador Carlos I, el príncipe Don Felipe regentó el gobierno de España. Recorrió los dominios de Alemania, Italia y Países Bajos, y regresó a la Península en 1551, después de haber fracasado el intento de su padre de que le sucediese en el Imperio,



Combate naval en la primera mitad del siglo XVI, según dibujo de la época

hijo Don Felipe, renunciando la dignidad de Emperador en su hermano Don Fernando.

Retirose al monasterio de Yuste, hasta que le sorprendió la muerte en 1558.

Además de los hechos que quedan reseñados, distínguese el reinado de Carlos I por las importantes exploraciones llevadas a cabo en el Continente Americano recientemente descubierto. Ya tenemos manifestado que las primeras expediciones quedaron concretadas a las Antillas, en las inmediatas costas del centro del Continente y el litoral del SE., no habiendo pasado del Río de la Plata.

En los primeros años del reinado que nos ocupa, atrevidos exploradores se internan en tierras continentales. Juan Díaz de Solís se posesiona de la península de Yucatán; Vasco Núñez de Balboa tenía recorridas las costas del Océano Pacífico por él descubierto y había abierto el camino para nuevas expansiones coloniales, que no tardaron en florecer, y Hernán Cortés emprendía la conquista del vasto imperio mejicano, conocido por Nueva España.

En este último territorio halló el conquistador Cortés un Estado debidamente constituido, con una civilización relativamente adelantada, gobernado por Moctezuma. Con la fuerza de las armas se sometieron poco a poco las distintas tribus que poblaban aquellas tierras, menudearon las exploraciones y los dominios españoles se dilataron considerablemente.

Al mando de Pizarro zarpaba, en 1531, de Panamá, un pequeño ejército, que en poco tiempo se apoderó del imperio de los Incas, que dominaban en el Perú, corriéndose Almagro hacia las costas de Chile.

Todas las exploraciones marítimas de que hemos dado cuenta, aparte de la primera expedición de Colón, quedan relegadas en segundo lugar ante el viaje emprendido por Magallanes por el S. de América, para encaminarse a las Indias Orientales a través del Océano Pacífico. La flota, compuesta de cinco buques, salió el 20 de Septiembre del



Escudo bordado en el paño que se cree regalado por Felipe II al monasterio de Poblet para las exequias reales (Consérvase actualmente en la catedral de Tarragona)

que, como hemos dicho, pasó al hermano de aquel Don Fernando, hijo segundo de Doña Juana la Loca.

Disgregado el Imperio, quedaron para Don Felipe, aparte del territorio español (al que durante su gobierno

fué anexionado Portugal), los reinos de Nápoles y Sicilia, el ducado de Milán, el Franco Condado y Países Bajos. Los dominios españoles se extendieron además en algunas plazas del N. de África e islas al Occidente de este continente, como las Canarias, Cabo Verde, Fernando Póo, etc.; islas de la Oceanía, entre ellas las Marianas, Carolinas, Filipinas y algunas de las Molucas; comprendiendo finalmente el vasto imperio colonial americano, que se acrecentó con las nuevas exploraciones efectuadas. Con el segundo matrimonio de Don Felipe, celebrado en 1555, con Doña María Tudor, hija de Enrique VIII de Inglaterra, era considerado rey consorte de este último reino; consideración que perdió poco tiempo después al morir su esposa, pues la sucesión del trono inglés recayó en la hermana de ésta, Doña Isabel.

Aunque parezca extraño, dado el carácter religioso que informa el gobierno de Felipe II, inauguro su reinado con la guerra contra el papa Paulo IV, aliado del rey de Francia, que había roto la tregua de Vaucelles y enemigo declarado de nuestra nación, debiéndose entender en el orden político como Soberano de los Estados pontificios. Estos fueron invadidos por el Duque de Alba, y, una vez retiradas las tropas que Francia enviara, mandadas por el Duque de Guisa, el Papa se vió precisado a firmar la paz, en Septiembre de 1557.

Por otra parte, la ruptura de la tregua de Vaucelles, que produjo también la guerra entre Francia y España, lejos de concretarse a Italia, se extendió por el N. de Francia, donde los tercios españoles e ingleses, a las órdenes del Duque de Saboya, obtuvieron victorias tan señaladas como las de San Quintín (10 de Agosto de 1557, cayendo dicha plaza el 27 del mismo mes) y Gravelinas (13 de Julio de 1558), firmándose las paces, ventajosas para España, en Chateau Cambresis el día 2 de Abril de 1559.

En 1560 se organizó una expedición contra los piratas de la costa africana, que no fué muy provechosa, a pesar de haberse apoderado de momento de la isla de los Gelves. Más adelante, el rey de Argel atacó la plaza de Mazalquivir, debiendo levantar el sitio ante los refuerzos de Álvaro de Bazán, quien se apoderó nuevamente de Peñón de la Gomera.

En 1561 estableció Felipe II su corte en Madrid, y, en el año 1563, dió comienzo a las obras del célebre monasterio de San Lorenzo del Escorial, al que se ha llamado, tal vez con exageración, la *octava maravilla del mundo*, habiéndose convertido desde luego en panteón regio.

El hecho de más relieve que se registra durante la vida de Felipe II es, sin duda, la rebelión de los Países Bajos, que se prolonga desde el año 1566 hasta el 1598, movimiento político-religioso que abarca la mayor parte del presente reinado y del cual nos ocuparemos separadamente.

Coincidiendo con dicha insurrección, se realizan otros hechos que merecen particular atención, por la importancia histórica que revisten, en cuyo caso se encuentran la muerte del príncipe Don Carlos, ocurrida en 1568, después de haberle recluido a causa del desequilibrio mental que presentaba; la rebelión de los moriscos de la Alpujarra (Granada), que duró desde el año 1568 al 1571; la batalla naval de Lepanto, librada en 1571; la ocupación de Túnez y Biserta, en 1573, pérdidas en 1574; la prisión de Antonio Pérez, en 1579; la incorporación de Portugal a España, en 1580; la expedición naval de Drake, desde 1585 a 1587;

la expedición de la armada Invencible contra Inglaterra, en 1588; la guerra con Francia, que, desde 1590, continuó hasta la paz de Veroins, firmada en 1598; y, por último, la prisión y suplicio del Justicia de Aragón don Juan de Lanuza, ejecutado en 1591.

La sublevación de los moriscos tuvo por origen los recargos que sobre ellos pesaban y el recelo con que eran mirados por la falta de sinceridad en sus conversiones, siendo frecuentemente víctimas del rigorismo de la Inquisición. Estas y otras causas de orden social y económico motivaron el general levantamiento morisco, a cuyo frente figuró uno de los descendientes de los Omeyas, llamado Hernando de Córdoba, comunmente conocido con el nombre árabe de Aben-Humeya.

Fallecido éste y, teniendo en cuenta los atropellos de que fueron víctimas los moriscos, recrudeció el levantamiento, a cuyo frente figuraba Abenabó, apoyado por los berberiscos del N. de África, sin que bastase a reprimirlo Don Juan de Austria, encargado de la represión de los insurgentes, hasta que fué asesinado Abenabó. Entonces se procedió a la dispersión de aquel pueblo por las distintas provincias del reino de Castilla, León, Extremadura y Galicia.

Ya hemos visto que los corsarios establecidos en el N. de África y apoyados por los turcos, constituían una amenaza continua para el comercio marítimo del Mediterráneo, habiéndose verificado repetidas expediciones marítimas, desde el reinado de los Reyes Católicos, para atajar semejante peligro.

Las repetidas amenazas de los turcos contra las islas de Malta, primero, y la de Chipre, últimamente (año 1569), produjeron la liga en que entraron España, el Papa y Venecia. Formose una poderosa escuadra de 264 naves, mandada por Don Juan de Austria (hermano bastardo de Don Felipe), que se dirigió a Grecia, prosiguiendo hacia el golfo de Lepanto, y, el 7 de Octubre de 1571, tuvo lugar la formidable batalla de aquel nombre, en la que quedó totalmente destrozada la flota turca. En 1573 Don Juan de Austria ocupó Túnez y alguna otra plaza de la costa septentrional de África, que un año después volvieron a caer en poder de los turcos.

El fracaso político de España en los Países Bajos vino compensado por la anexión de Portugal, en 1580. Después de morir el rey Don Sebastián en la batalla de Alcazarquivir (N. de África), la corona portuguesa pasó a su tío el cardenal Don Enrique, que falleció poco tiempo después. Entre los pretendientes figuraba Don Felipe II, como hijo de Doña Isabel, hija mayor del rey Manuel. Tuvo el Monarca español acérrimos contrarios en el vecino reino, especialmente entre el clero, que era partidario del Prior de Ocrato; pero la escuadra enviada a Lisboa bajo las órdenes de Don Álvaro de Bazán y el poderoso ejército del Duque de Alba, favorecieron las pretensiones de Felipe II, que fué reconocido por las Cortes reunidas en Thomar, en 1581.

Otro de los hechos de más resonancia del reinado que nos ocupa fué la guerra con Inglaterra. Esta nación, gobernada por Doña Isabel, procuraba por todos los medios debilitar el poder de España, ya facilitando auxilios a los Países Bajos, favoreciendo al pretendiente a la corona portuguesa, o bien armando las expediciones de Drake contra nuestra marina y colonias. Por otra parte, la protección que parece dispensaba Felipe II a la destronada María Es-